

(Transcripción)

Milán, 9 de marzo de 1995

Un camino espiritual comunitario

Del discurso de Chiara Lubich
durante la entrega del premio UELCI "Autor del Año"

Señoras y señores:

En primer lugar, gracias a los señores editores por el premio que confieren a una mujer, con el que han querido honrar un trabajo literario de muchos años, precisamente en el año dedicado a la mujer. Gracias, con la alegría de pensar que, tal vez, ese trabajo haya sido del agrado de algunos y haya hecho algún bien.

Pero, permítanme que añada al agradecimiento una confidencia: jamás en mi vida me sorprendí tanto como cuando me anunciaron esta distinción, porque nunca escribí un libro, aunque muchos lleven mi firma como autor.

De hecho, se trata de la recopilación que otras personas hicieron de pensamientos míos, de apuntes, de conversaciones, meditaciones, discursos, fragmentos de diario y otras cosas que a lo largo de los años he ido escribiendo simplemente para servir al Movimiento de los Focolares. Y este hecho aumenta aún más mi agradecimiento.

Agradezco además a todos los señores y señoras que hoy han querido estar presentes aquí, en el Salón del Libro, no sólo para asistir a la ceremonia del cincuenta aniversario de la UELCI (Unión Editores y Libreros Católicos Italianos), sino también por la concesión de este premio.

Pero quedaría en deuda, si en esta ocasión no dijera algunas palabras y no comunicase algo del contenido de estos libros.

Se refieren a una nueva espiritualidad nacida en la Iglesia, aproximadamente cincuenta años atrás, una espiritualidad típicamente comunitaria o colectiva: la espiritualidad de la unidad.

Una espiritualidad de gran actualidad, que manifiesta un signo de los tiempos.

(...)

Pero, ¿qué tiene de característico esta espiritualidad de la que están llenos estos libros? Como ya dije es comunitaria, colectiva.

Sabemos que, en estos dos mil años después de la venida de Jesús, la Iglesia vio florecer en su seno, una tras otra y a veces simultáneamente, las más bellas, las más ricas espiritualidades, de modo que la Esposa de Cristo está adornada con las perlas más preciosas, con los brillantes más raros, que forjaron y forjarán todavía muchos santos.

En medio de este esplendor hay una característica constante: es sobre todo el individuo, la persona, individualmente, que camina hacia Dios.

Es una consecuencia de aquel periodo de la historia en que los cristianos, disminuido el primitivo fervor que hizo de la comunidad de Jerusalén un solo corazón y una sola alma, y ya no siendo perseguidos, pensaron salvar la propia fe retirándose al desierto, para realizar sobre todo el primer mandamiento: amar a Dios. Es la época de la vida anacorética.

Si, por un lado, esto salvó muchos principios cristianos y santificó a muchas personas, por el otro, no destacó el valor del hermano en la vida espiritual, considerándolo, a veces, un obstáculo para llegar a Dios.

El padre Arsenio decía: “Huye de los hombres, y te salvarás”¹.

Y muchos siglos después, en el famoso libro “Imitación de Cristo”, que es estupendo, está escrito: “Dice un sabio: ‘Cada vez que estuve entre los hombres, me retiré menos hombre’”².

Espiritualidades individuales, por tanto; aunque el misterio del Cuerpo místico de Cristo jamás permite que sean consideradas exclusivamente sólo eso, porque lo que sucede en una persona tiene siempre una repercusión en las demás. También porque estos cristianos ofrecían y ofrecen a Dios oraciones y penitencias en favor de los hermanos.

Pero hoy los tiempos han cambiado.

En esta época el Espíritu Santo llama con fuerza al hombre a caminar junto a los otros hombres, más aún, a ser con todos los que lo deseen, un sólo corazón y una sola alma.

El Espíritu Santo impulsó a nuestro Movimiento, veinte años antes del Concilio, a cambiar decididamente de ruta e ir hacia el hombre.

Según nuestra espiritualidad, vamos a Dios pasando precisamente a través del hermano.

“Yo-el hermano-Dios”, decimos. Vamos a Dios junto con el hombre, junto con los hermanos, vamos a Dios a través del hombre.

Los estudios de nuestros especialistas - por lo menos en una visión general - revelan que una espiritualidad colectiva - como la nuestra, de la unidad - aparece por primera vez en la Iglesia.

En el pasado existieron experiencias que se parecen a la nuestra, principalmente en las que ponían el amor como base de la vida espiritual.

Recordamos, por ejemplo, a san Basilio, para quien el primer mandamiento, que se refiere al amor a Dios y el segundo, al amor al prójimo, constituían la base de la vida de su espiritualidad.

Y sobre todo pensamos en san Agustín, para quien el amor recíproco y la unidad tenía un valor supremo.

Pero el padre Jesús Castellano, por ejemplo, profesor de teología espiritual en el Instituto ‘Teresianum’ de Roma y consultor de la Congregación para la Doctrina de la fe, que conoce profundamente nuestra espiritualidad, dice que: “En la historia de la espiritualidad cristiana se afirma: ‘Cristo está en mí, vive en mí (y esta es la visión de la espiritualidad individual de la vida en Cristo); o bien se afirma que Cristo está presente en los hermanos (y se abre la perspectiva de la caridad, de las obras de caridad), pero falta generalmente descubrir que, si Cristo está en mí y en el otro, entonces Cristo en mí ama a Cristo que está en ti y viceversa (...) y se verifica el dar y el recibir.

También existe - afirma el padre Castellano - una espiritualidad comunitaria, eclesial, que se vive ‘como Cuerpo místico’. (...) Generalmente se habla de esta espiritualidad como de una corriente espiritual de nuestro siglo; siglo del descubrimiento de la Iglesia.

Pero aquel ‘algo más’ que el Movimiento nos ofrece con la espiritualidad colectiva es la visión y la praxis de una comunión, de una visión eclesial ‘como Cuerpo místico’, donde existe la reciprocidad del don personal y la dimensión del llegar a ser ‘uno’.

Incluso cuando los autores actuales expresan intuiciones sobre esta dimensión de la teología y de la espiritualidad, les falta el modo concreto de proponerla como estilo de vida y de encarnarla en una experiencia: desde las cosas más simples, como hacemos nosotros, como ‘tener a Jesús en medio’, que es

¹. Vida y Dichos de los Padres del desierto, a cargo de L. Mortari, Roma 1975, p. 97.

². Cf. “La imitación de Cristo”, EDICEP, Valencia, 1993, Cap. XX, 4,5, 28, p. 55-58.

lo máximo y lo mínimo, a las dimensiones más complejas, como la economía de comunión y la inculturación”³.

Al mismo tiempo una espiritualidad colectiva fue prevista para nuestros tiempos por teólogos contemporáneos y mencionada por el Concilio Vaticano II.

Karl Rahner, hablando sobre la espiritualidad de la Iglesia del futuro, dice que la imagina en la: “comunión fraterna en la cual es posible hacer la misma basilar experiencia del Espíritu”. El afirma: “Nosotros, más ancianos, fuimos espiritualmente individualistas, debido a nuestro origen y formación. (...) Si ha habido una experiencia comunitaria del Espíritu, comúnmente considerada tal (...) es claramente (...) la experiencia de la primera Pentecostés en la Iglesia. Un evento - se debe presumir - que por cierto no consistió en la reunión casual de una suma de místicos individualistas, sino en la experiencia del Espíritu hecha por la comunidad (...) Creo - sigue Rahner - que, en una espiritualidad del futuro, el elemento de comunión espiritual fraterna, de una espiritualidad vivida en conjunto, puede adquirir un papel más determinante, y que, lenta pero decididamente, se deberá proseguir por este camino”⁴.

El cardenal Montini, en 1957, dijo que en nuestros días el episodio debe convertirse en costumbre y que el santo extraordinario, si bien venerado, debe, en cierta forma, ceder el lugar a la santidad popular, al pueblo de Dios que se santifica⁵.

De hecho, la nuestra es una era en la que el colectivismo cristiano sale a pleno sol y se busca el Reino de Dios no sólo en cada individuo, sino también el Reino de Dios en medio de las personas.

Además, en general las espiritualidades individuales manifiestan exigencias específicas a los que las viven:

la soledad y la fuga de las criaturas para alcanzar la unión mística con la Trinidad dentro de sí.

Para proteger la soledad se exige el silencio.

Para mantenerse separados de las personas, usan el velo y viven en la clausura, además de usar un hábito especial.

Para imitar la pasión de Cristo, hacen distintas penitencias, a veces durísimas, ayunos, vigili­as.

En el camino colectivo también buscamos sin duda la soledad y el silencio para realizar la invitación de Jesús de encerrarnos en nuestra habitación para rezar y huir de los hombres cuando nos inducen al pecado. Pero en general a los hermanos los recibimos. Amamos a Cristo en el hermano, en cada hermano. Cristo que puede estar vivo en él o renacer también con la ayuda que le damos. Deseamos unirnos a ellos en el nombre de Jesús, para tener garantizada su presencia en medio de nosotros.

En las espiritualidades individuales estamos como en un magnífico jardín (la Iglesia), observando y admirando una única flor: la presencia de Dios dentro de sí. En una espiritualidad colectiva se aman y admiran todas las flores del jardín, a Cristo presente en cada persona, que es amado como en nosotros mismos.

Y ya que también el camino comunitario no es y no puede ser exclusivamente tal, sino que es también plenamente individual, todos experimentan que, cuando están solos, después de haber amado a los hermanos, el alma siente la unión con Dios. De hecho, es suficiente tomar un libro para hacer meditación que en lo más íntimo El quiere conversar.

³. P. Jesús Castellano, o.c.d., carta a Chiara sobre la espiritualidad colectiva (de la unidad) de la Obra de María, del 21 de junio de 1992,

⁴. K. Rahner, “Elementos de espiritualidad en la Iglesia del futuro”, en Problemas y perspectivas de espiritualidad, de T. Goffi - B. Secondin, Brescia 1983, p. 440-441.

⁵. Cf. G.B. Montini, “Discursos sobre la Virgen y sobre los Santos” (1955-1962), Milán 1965, p. 499-500.

Por lo que se puede afirmar que quien va al encuentro del hermano en la forma correcta, amando como el Evangelio nos enseña, se descubre más Cristo, más ‘hombre’.

Y dado que procuramos estar unidos a los hermanos, amamos de un modo especial, además del silencio, la palabra, que es un medio de comunicación.

Hablamos para ‘hacernos uno’ con los hermanos.

Hablamos para comunicar nuestras experiencias sobre la vida de la Palabra de Vida o sobre la propia vida espiritual, conscientes de que el fuego, cuando no se comunica, se apaga y que la ‘comunidad de alma’ tiene un gran valor espiritual. San Lorenzo Justiniano decía:

“(…) Nada en el mundo da mayor alabanza a Dios y lo revela digno de alabanza que la humilde y fraterna entrega de los dones espirituales...”⁶.

Hablamos en las grandes manifestaciones, para mantener encendido en todos el fuego del amor de Dios.

Y cuando no hablamos, escribimos: cartas, artículos, libros, diarios para que el Reino de Dios avance en los corazones. Usamos todos los medios modernos de comunicación. Y nos vestimos como todos para no separarnos de nadie.

También en el Movimiento hacemos las mortificaciones indispensables en la vida cristiana; hacemos sobre todo las penitencias que aconseja la Iglesia, pero estimamos principalmente aquellas que la vida de la unidad con los hermanos nos ofrece.

Esa vida no es fácil para el ‘hombre viejo’, como dice san Pablo, que está siempre listo para emerger dentro de nosotros.

Además, la unidad fraterna no se realiza de una vez para siempre; es preciso reconstruirla siempre. Si bien es verdad que, cuando la unidad existe, y por ella la presencia de Jesús en medio de nosotros, experimentamos la inmensa alegría prometida por Jesús en su oración por la unidad, es verdad también que, cuando la unidad desaparece, se infiltran las sombras y la desorientación. Vivimos en una especie de purgatorio. Es esta la penitencia que tenemos que estar dispuestos a enfrentar.

En ese caso debe entrar en acción nuestro amor por Jesús Crucificado y Abandonado, clave de la unidad. Es en ese momento que, por amor a El, sanando primero en nosotros el dolor, hacemos de todo para recomponer la unidad.

También en el Movimiento rezamos y amamos mucho la oración litúrgica, como la santa Misa, porque es la oración de la Iglesia.

Y es característica la oración colectiva enseñada por Jesús: “Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, lo conseguirán de mi padre que está en los cielos” (Mt. 18, 19).

Para quien recorre la vía de la unidad Jesús en medio es esencial.

Para evitar nuestro fracaso personal, debemos reavivar siempre su presencia en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestros congresos, en nuestras ciudadelas.

Es Jesús en medio quien brinda aquel ‘algo más’ que caracteriza a nuestro carisma.

Así como los dos polos de la corriente eléctrica, aún habiendo corriente, no producen luz si no se unen, pero lo harán una vez que se unen, de la misma forma dos personas no experimentarán la luz típica del carisma de la unidad hasta que no se unan en Cristo mediante la caridad.

⁶. San Lorenzo Justiniano, “Disciplina y perfección de la vida monástica”, Ed. Città Nuova, Roma 1967, p. 4.

Para quien recorre esta vía todo tiene significado y valor, en el trabajo, en el estudio, también en la oración y en la tensión a la santidad, como en la irradiación de la vida cristiana, si antes tiene con los hermanos a Jesús en medio, que es la 'norma de las normas' de esta vida.

Aquí se alcanza la santidad, si hacemos una marcha en unidad hacia Dios.

Siguen esta espiritualidad personas de todos los tipos, de ambos sexos, de cualquier edad, raza, idioma, pueblo, extracción social, porque ya llegó a los últimos confines de la tierra y penetró en las otras Iglesias y religiones como también en personas de otras convicciones.

De modo que el mundo, la sociedad en todos sus ámbitos, sus aspectos, sus vocaciones está siendo impregnada de lo divino y cada realidad es clarificada, consagrada, perfeccionada.

Santa Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia, habla de un 'castillo interior': la realidad del alma habitada en el centro por su Majestad, que debe descubrir e iluminar todo durante la vida, superando las varias pruebas. Este es el ápice de la santidad en un camino sobre todo individual, aunque arrastró a hacer esta experiencia a todas sus hijas.

Pero llegó el momento, por lo menos esta es nuestra impresión, de descubrir, iluminar, edificar, además del 'castillo interior' también el 'castillo exterior'.

Nosotros vemos todo el Movimiento como un 'castillo exterior', donde Cristo está presente e ilumina todas sus partes, desde el centro hacia la periferia.

Pero considerando los alcances de nuestra espiritualidad incluso fuera de las estructuras de la Obra, por ejemplo, en los responsables de la sociedad y de la Iglesia, comprendemos inmediatamente que este carisma no hace sólo de nuestra Obra un 'castillo exterior', sino que tiende a hacer lo mismo con el tejido social y eclesial.

El santo Padre, hablando recientemente a unos setenta obispos, amigos del Movimiento, dijo: "El Señor Jesús... no llamó a los discípulos a seguirlo individualmente, sino que su llamada era inseparablemente personal y comunitaria. Si esto es verdad para todos los bautizados - sigue el Papa - es válido de un modo especial (...) para los apóstoles y sus sucesores, los Obispos"⁷.

Así - digo yo - esta espiritualidad abraza a todo el pueblo de Dios que se vuelve, gracias a este carisma, más 'uno' y más santo.

⁷Juan Pablo II a un grupo de obispos amigos del Movimiento de los focolares. El Observatore, edic. en español del 24.02.1995, p. 2.